

CON OTROS OJOS

Cambio de ritmo

Change of pace

Isabel Luque

Ahora que lo pienso, aquella mañana empezó torcida y lo que debía haber sido un día normal terminó por ser extraordinario. Por suerte, hay gente preparada para esas situaciones y hacen que lo imprevisible para el común de las personas sea cotidiano para ellos.

Llevaba una semana con dolores y a pesar de tomarme todo lo que me habían mandado, seguía con tantas molestias que no podía descansar, así que aproveché que mi hija la de Barcelona había venido a verme el día de antes para que me llevara al centro de salud. Cuando llegamos, aquello era un festival de gente. Ella se acercó al mostrador y lo máximo que consiguió fue una cita para mi médica al día siguiente. Pero yo no aguantaba más, y apenas me comentó el resultado de sus gestiones, le dije que tirara para el hospital. Total, ya que estábamos en ir al médico y habíamos cogido el coche, no íbamos a volver a casa sin terminar.

Me dejó a la entrada y se fue a aparcar. Yo iba "cargadita" de la espalda, pero al bajar del coche se me puso de nuevo el dolor en la pierna. Un celador sacó un carrito de ruedas y me pude sentar. Otra cosa fue colocar los pies en las plataformas y no tropezar con ellas. Luego, me acercó hasta el mostrador. Enseguida una señorita de blanco se apresuró a preguntarme algunas cosas. Y aunque yo le dije que los papeles los traía mi hija, le pude dar el número del carnet. Con eso y el ordenador, enseguida me encontró. Luego me indicó una sala pequeña, a la izquierda, para que esperara a que me llamasen. Hice lo que me dijo y, preocupada porque aún no había llegado mi hija, me acoplé en el primer asiento libre.

Cuando llevaba sentada unos minutos empecé a sentirme incómoda. El dolor no se me iba, la estrechez del asiento no me permitía acomodarme y estaba inquieta porque mi hija tardaba. Temía que me llamaran antes de que llegara ella, que era la que llevaba los papeles del médico con las pruebas y los medicamentos que suelo tomar. Aún no había salido mi número en pantalla cuando llegó. Venía un poco sofocada. Me sorprendió, parecía como si le faltara el aliento. Para colmo, con la mirada la reprendí y en voz baja le dije: ¿cómo se te ocurre dejarme sola tanto tiempo? Ella cerró los ojos, como si mirara hacia dentro, y no me contestó.

Por fin me llamaron y entramos en una especie de consulta pequeña. Otra chica joven vestida de azul me

preguntó por lo que me pasaba y desde cuándo. Yo le respondí y mi hija hizo por darle los papeles que había traído, pero no los recogió. Nos dijo que esa información estaba en el ordenador y que, si el médico lo creía necesario, lo tendría en cuenta. Luego me tomó la tensión. Después de anotarlo todo sin decir palabra (solo me dijo la tensión y porque se lo pregunté, que si no, ni eso), nos señaló una línea amarilla marcada en el suelo y nos dijo que la siguiéramos hasta la sala de espera.

—Allí estén atentas al número que le dieron en admisión y esperen a que salga en la pantalla.

¡Otra espera, válgame Dios!, pensé, un poco desesperada, aunque también satisfecha por saber que tenía la tensión en parámetros normales. Lo de "los parámetros" lo dijo con retintín, igual no le gustó que le preguntara, pero, como era mi tensión, me atreví con la pregunta, faltaría más.

Con la línea amarilla del suelo como guía y después de preguntar un par de veces a otras chicas con pijamas de colores, conseguimos llegar al lugar que nos había indicado. Era una sala grande, en la que, a esas horas, serían sobre las diez y cuarto, no había mucha gente. Como yo no paraba de mirar la pantalla y preguntar a mi hija por el número, enseguida se nos acercó otra mujer que también esperaba. Sería más o menos de mi edad, vestía un llamativo traje con chaqueta de lunares negros y estaba sola. Se ve que frecuentaba aquel sitio porque se conocía al dedillo el funcionamiento de las urgencias. O al menos eso es lo que parecía por la desenvoltura con que nos asesoró a nosotras y a otros que llegaron después.

—Ustedes no se desesperen, eso es lo principal. Aquí lo importante es la paciencia.

—Pues vaya consuelo—, le dije yo a mi hija.

—Tengan ustedes en cuenta que aquí llega mucha gente y es normal que haya que esperar. Además, a los que llegan más "malitos" los cuelean antes.

La señora debía ser experta, lo pude comprobar en cuanto entró el siguiente paciente, un señor muy mayor en un carrito de ruedas que empujaba su cuidadora. De inmediato se les acercó y mantuvo con la mujer una extensa conversación en la que le dio todo tipo de explicaciones. Yo pegué bien el oído por si me faltaba algo por saber. En fin, que seguíamos a la espera de nuestro número, yo cada vez con más molestias en la cintura y la pierna, y mi hija, más inquieta, que no paraba de moverse en el asiento.

Filiación de los autores: Servicio Hospitalario de Urgencias de Andalucía, España.

Contribución de los autores: Los autores han confirmado su autoría en el documento de responsabilidades del autor, acuerdo de publicación y cesión de derechos a EMERGENCIAS.

Autor para correspondencia: Isabel Luque. Servicio Hospitalario de Urgencias de Andalucía, España.

Correo electrónico: pepe.pinazo@hotmail.es

Información del artículo: Recibido: 18-2-2022. Aceptado: 22-2-2022. Online: 4-4-2022.

Editor responsable: Antoni Juan Pastor.

Para colmo, a otra mujer, sentada justo a nuestro lado, le dio por iniciar una charla con el móvil. No debía oír bien porque lo tuvo que poner en modo altavoz. Total, que todos allí pudimos asistir a la conversación. Al otro lado del teléfono una voz de hombre preguntaba por los avíos de un cocido, en qué orden y durante cuánto tiempo debía tenerlo al fuego. Me lleva a mí menos tiempo hacer el cocido que a estos dos hablarlo, pensé para mis adentros.

–La de cosas que pasan en una sala de espera–, le dije a mi hija.

Como no me respondía, la miré, estaba muy concentrada y algo paliducha. A la pobre le había estropeado la visita a Málaga, venía para tres días y a aquellas alturas seguro que ya uno lo perdíamos en el hospital. En esas estaba cuando me fijo en el señor del carrito de ruedas, parecía que se había quedado dormido o tal vez algo peor. Pero no me atreví a decírselo a la cuidadora. Entonces le di con el codo a mi hija y con la cabeza se lo señalé. Ella me tranquilizó. Pero yo seguía sin estar segura de que estuviera dormido.

Entre tanto, no paraba el chorro de pacientes que llegaban a la sala de espera. A esas horas, aquello empezaba a ser un hervidero de gente y de verdad que no me lo explico. Un día de diario, por la mañana y con todos los centros de salud abiertos, ¿cómo es posible que todos tengan que venir a parar aquí!

Total, que pasaban los minutos y no llegaba nuestro turno. Llevábamos más de media hora de espera. En ese tiempo, un par de pacientes de los que llegaron después, ya habían entrado. Me empezó a hervir la sangre, pero me aguanté. Sin embargo, de vez en cuando, alguien se levantaba y se acercaba al mostrador donde estaban las enfermeras. Por los gestos deduje que mantenían un diálogo de besugos. Enseguida acudió al quite la señora asesora experta en procedimientos. Deberían contratarla, es de lo más eficaz y con sus buenas maneras consiguió templar gaitas y sosegar a los otros pacientes.

Eestaba atenta a las habilidades de la señora de lunares, cuando sonaron los altavoces del hospital y, como en las películas, se oyó que por la megafonía llamaban a alguien. El estruendo hizo que el señor de la silla de ruedas se despertase y, sobresaltado, nos confesara a todos una antigua culpa:

–Yo no he sido.

Con aquel suceso, a los más próximos nos dió la risa. Me volví para comentarlo con mi hija, pero al verla demudé en azoramiento y nerviosismo. Vi que le faltaba el aire, se agarraba el pecho y tuvo un golpe de tos. Yo preguntaba y ella, aunque lo intentaba, no llegaba a responder y entonces me abalancé hacia el mostrador para pedir ayuda. Supongo que por la descomposición de mi cara o por como la vieron a ella –yacía en el suelo socorrida por la mujer de lunares negros– de inmediato reaccionaron. Las dos enfermeras se acercaron, con delicadeza apartaron a la señora de lunares y una de ellas acercó el oído a la boca de mi niña mientras le tomaba el pulso. Luego entre ellas hablaron y la más joven volvió al mostrador. De nuevo funcionó la megafonía del hospital, esta vez para anunciar: ¡Código Emergencia! ¡Código Emergencia!

A partir de entonces mis recuerdos son confusos, supongo que nublados por la angustia pero, de aquellos primeros momentos, sí alcanza mi memoria a ver cómo enseguida llegó un celador con una camilla. Mientras, pasaba a la carrera gente en bata que se metían justo frente a la entrada principal de urgencias, en una sala de puertas abatibles. Fue allí donde, después de montarla en la camilla, introdujeron a mi hija. A esas alturas a mí no me dolía nada, solo el profundo sentir y el miedo de una madre que ve sufrir a su hija. Detrás de la camilla y hasta la puerta abatible me llevó la señora de lunares. En ningún momento me dejó sola y bien que la necesité entonces y se lo agradezco ahora. Desde un rincón, para no estorbar, pudimos ver, cuando entraba o salía alguien, el trajinar de los sanitarios sobre mi niña. Un poco retirada de la camilla, una de ellas –casi todas eran mujeres– impartía instrucciones que las demás obedecían sin rechistar o informaban de los parámetros por los que esta preguntaba.

En aquel rincón, pegadas una a otra, estuvimos un buen rato mi amiga y yo sin mediar palabra y pendientes de todo lo que nos dejaba ver el vaivén de las puertas, hasta que tres cuartos de hora después, sacaron a mi niña de la sala. Mientras la llevaban hacia algún lugar, se nos acercó la doctora que daba órdenes y se dirigió a mí con estas o parecidas palabras:

–Su hija está estabilizada, pero necesitamos tener más información para saber qué le pasa. La llevan a rayos para hacerle un TAC. Cuando tengamos los resultados yo misma le informaré. Mientras tanto, vuelvan ustedes a la sala de espera.

Supongo que la sala seguía llena de gente. Si hubiera tenido ánimo y curiosidad, me habría entretenido con la observación de los allí convocados a esperar, pero no estaba para eso y me refugié en mis pensamientos. Sí recuerdo que de vez en cuando un brazo y unas palabras me consolaban y daban ánimo. Desconozco cuánto tiempo pasó, tal vez una hora. Como me había prometido, volvió la doctora y con delicadeza me dijo que mi hija seguía controlada y que la habían llevado a observación. Hizo que la acompañara y a solas, en una pequeña habitación, me contó:

–El TAC nos ha confirmado una de las posibles causas en las que pensamos.

–¿Qué le pasa?–, la apremié sin darle tiempo a que terminara.

–Su hija ha padecido una embolia pulmonar. Y aunque por suerte la hemos cogido a tiempo, casi con toda seguridad necesitará unos días de tratamiento y vigilancia en la planta. Ahora está tranquila y sedada en observación, en un rato podrá verla.

Unos cuantos días llevamos en el hospital y ayer nos dijeron que, con toda seguridad, hoy le darían el alta. Anoche cuando la dejé en su habitación, me hizo un encargo que ahora acabo de terminar. Toda la noche a vueltas con lo mismo hasta que esta mañana temprano me he puesto y con mis propias palabras, las que se me han venido, he redactado una carta de agradecimiento. Al final ha sido sencillo, porque lo que tenía que escribir estaba claro en mi cabeza: en urgencias han salvado a mi hija y en el hospital he encontrado una amiga.